



Carta del Abad General
para la Navidad de 2013

“¡Rompiste mis cadenas!”

Queridos Hermanos y Queridas Hermanas Cistercienses,

Los acontecimientos alegres o dolorosos de este último año en nuestra Orden, en las Congregaciones, en cada comunidad, me han hecho estar más atento y ser más sensible al tema de la libertad con la que vivimos nuestra vocación.

Al mismo tiempo, todos nos sentimos llamados por el testimonio del Papa Francisco a redescubrir el fervor evangélico, a renovar y, sobre todo, a pedir al Espíritu Santo la disponibilidad del corazón y de la vida, para seguir al Señor con decisión alegre hacia todas las “periferias” humanas en las que Jesús aún no es conocido y amado. La reciente Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium* deberá ser para toda la Orden un instrumento de trabajo y una ayuda a la conversión para comprender cómo llegar al fondo y a la anchura de nuestro carisma con mayor agradecimiento y alegría. Pero para esto, como para todo, la condición es la libertad de aceptar el proyecto de Dios, y este es el tema sobre el que quiero meditar con vosotros.

La cadena de hierro y la cadena de Cristo

Jesucristo ha venido a hacernos libres, libres de verdad: “Si, pues, el Hijo os da la libertad, seréis libres de verdad” (Jn 8,36). ¿Qué significa ser libres de verdad?

Con respecto a esto, cito a menudo un episodio relatado por san Gregorio Magno en el tercer libro de los Diálogos. “Un eremita del monte Marsico, de nombre Martín, apenas llegó al monte (...), se ató un pie a una cadena de hierro que sujetó al extremo de una roca, de modo que no podía alejarse más de lo que le permitía la longitud de la cadena. Habiendo tenido noticia el venerable Benito de este hecho, (...) le mandó recado por medio de uno de sus discípulos: ‘Si eres siervo de Dios,

que lo que te ate no sea una cadena de hierro, sino la cadena de Cristo'. A estas palabras, Martín se liberó inmediatamente de la cadena de hierro y con el pie libre no se alejó ya más de allí que lo que lo hacía cuando lo tenía atado" (*Diálogos* III,16).

San Benito no le dice al eremita Martín que tiene que desatarse de toda atadura, no le propone una libertad con un fin en sí misma: lo ha llamado, en cambio, a atarse interiormente a Cristo. La "cadena de Cristo" es una atadura mucho más firme que una cadena de hierro, sin embargo, es una atadura que nos libera. ¿Cómo? Activando nuestra libertad. Para estar atado a Cristo, es decir, para pertenecer a Él, para ser "siervo de Dios", el hombre no puede condicionar su libertad al hierro que te estrecha un pie, y tampoco a leyes ni reglas férreas que te atan con la fuerza y el temor. Para estar ligado a Cristo, el hombre debe activar su libertad de aceptar una amistad con Él. Contrariamente a lo que pretende la mentalidad dominante, la libertad humana es viva y madura cuando sabe elegir el pertenecer, y cuando esta elección se decide en cada instante, en cada encuentro, ocasión, circunstancia, por la libertad y no por obligación.

¿Por qué parece tan difícil en los monasterios, en las comunidades, en las familias, en la sociedad, elegir siempre de nuevo la atadura de la fidelidad? Quizá precisamente porque se piensa que la libertad puede nacer de sí misma o, más bien, de la nada. Las "cadenas de hierro", que a menudo son cadenas virtuales, sentimentales, morales, son ataduras en las que la libertad queda sola, sin relación. La libertad humana, sin embargo, está hecha para nacer, crecer y expresarse siempre dentro de una relación personal, con Dios y con los demás. El hombre no puede relacionarse con el hierro. Con la cadena de hierro, el eremita Martín estaba solo consigo mismo. La "cadena de Cristo", por el contrario, es la relación en Él, es una relación, una amistad, y dentro de esta relación se crea el espacio en el que la libertad puede vivir, expresarse, crear fidelidad y amor.

El hombre contemporáneo, sobre todo el occidental, está muy solo, pobre en relaciones, y es por esto por lo que le falta el aire para dar respiro a su libertad o, mejor, el agua en el que la libertad pueda nadar, remar mar adentro. Y también en muchas comunidades noto que con frecuencia se es más un grupo de soledades reunidas que corazones libres en diálogo y comunión.

Hijos de la sierva del Señor

Para mí un versículo del Salmo 115 es una de las mejores definiciones teológicas de la libertad: "¡Señor, yo soy tu siervo, siervo tuyo, hijo de tu sierva: rompiste mis cadenas!" (115,16).

Es la libertad de los hijos de Dios, una libertad liberada, una libertad donada, una libertad pascual. Somos verdaderamente libres cuando Dios nos da el pertenecerle y nos educa para esto en las relaciones con Él y en Él. Por esto, Él mismo nos da el ser engendrados y educados por su "sierva", que para nosotros es María, que para nosotros es la Iglesia, la comunidad cristiana en la que nacemos con el bautismo, y

que siempre nos acompaña para formarnos en la libertad de los hijos de Dios, la libertad que se alegra por servir al Señor y a su proyecto de salvación.

La comunidad en la que Dios nos llama a servirlo, cada uno según su vocación, es esta “escuela del servicio del Señor” que san Benito describe en su Regla (RB Pról. 45). En ella, la libertad está llamada a respirar y desarrollarse “con corazón dilatado”, para “correr por los caminos de los mandamientos del Señor en la inefable dulzura del amor” (Pról. 49). San Benito nos invita a hacer la experiencia de cómo la obediencia libera nuestra libertad, concediéndole ensancharse en la caridad de la comunión con Dios y con los hermanos.

El tiempo del Adviento y de la Navidad, como todo el tiempo de la Iglesia, nos debe ayudar a aprender de la Virgen María la verdadera libertad en Cristo. María nos enseña que la libertad está viva cuando acepta, cuando obedece el proyecto de Dios. ¿Qué significa que Dios tiene un proyecto? Significa que desde la eternidad Él renueva todo, hace nuevas todas las cosas (cfr. Ap 21,5). Dios no puede hacer sino cosas nuevas, siempre nuevas, y no puede sino renovar cada ser que ya existe. Cada momento de vida y de existencia que nos da es una novedad. Y Dios nos precede siempre en el querer para nosotros y para el universo la plenitud de un cumplimiento infinito. Si fuéramos conscientes de esto, es decir, si tuviéramos esta mirada de fe sobre nosotros mismos, viviríamos en una alegre esperanza, una esperanza invencible que nada podría confundir, porque tendríamos la conciencia de que todo se cumplirá en el amor, en la plenitud eterna de la caridad de Dios.

Pues bien, María ha vivido sin sombras la libertad de aceptar en esta esperanza de fe el proyecto de la caridad de Dios. En el momento de la Anunciación, ¿cuál fue el primer “voto” que hizo la Virgen? El voto de obediencia. María no pensó primeramente en la virginidad, ni en la pobreza. Comprendió que lo que Dios le pedía, antes que nada, era la aceptación de su libertad, su libre obediencia. El Señor le pedía si quería aceptar su proyecto de hacer nuevas todas las cosas a través de la encarnación del Verbo, su Hijo. Y María, libremente ha dado a Dios su libertad: “He aquí la esclava del Señor: ¡hágase en mí según tu palabra!” (Lc 1,38). La obediencia es una libertad entregada, y cuando la libertad se entrega a Dios, Él la utiliza para llevar a cabo su obra, su proyecto de renovar el mundo. No es el poder, no es la fuerza, sino la obediencia como ofrenda a Dios de nuestra libertad la que convierte la vida en instrumento del milagro, de la obra de Dios que siempre es milagro, incluso cuando crea una brizna de hierba.

Esta es la libertad que María quiere enseñarnos, en la que nos quiere formar, como hijos de la Sierva del Señor; es en esta libertad en la que quiere crearnos la Madre Iglesia. Y todo carisma en la Iglesia, como el de san Benito y el carisma cisterciense, son expresiones esencialmente de esta maternidad de la Iglesia a través de la que el Espíritu nos educa para la libertad de aceptar el proyecto de Dios. Todo carisma es una forma de obediencia al Espíritu Santo porque Cristo se encarna aquí y ahora en el mundo, para salvarlo.

El deseo de obedecer a la voluntad de Dios es el alma viva de la vida cristiana y, por lo tanto, en especial de la vida consagrada. Todo lo demás es vanidad, nuestro proyecto destinado a morir estérilmente.

A menudo pensamos que una fe grande quiere decir tener una fe que obtiene todo de Dios. En efecto, admiramos a los santos que con su fe obtienen gracias y milagros. Esto, también es verdad, es un aspecto quizá importante de la grandeza de la fe. Pero diría que hay un aspecto más profundo de la grandeza de la fe en el que pensamos poco: que la fe no es más grande cuando obtenemos todo de Dios, sino cuando Dios obtiene todo de nosotros. Es la fe grande de Abrahán, la fe grandísima de María. Abrahán y María, en el fondo, no han pedido nunca mucho a Dios. Su gran fe consistía, en cambio, en permitir a Dios pedirles todo, fiándose de que esto era lo mejor para ellos y para todos, incluso cuando Dios pide a Abrahán sacrificar al hijo Isaac, o a María el aceptar en silencio la muerte en cruz de su Hijo. En Caná, María no insiste en lo que pide. Más aún, no pide nada: hace una constatación: "No tienen vino". Se muestra decidida al pedir a los servidores la actitud que ella vive siempre: "Haced lo que Él os diga" (Jn 2,3-5). Les enseña su fe, su modo de vivir la fe, que, en el fondo, es un modo de obtener todo de Dios, permitiendo a Dios obtener todo de nosotros.

Creo que aquí se describe la naturaleza esencial de la obediencia monástica, que no debería ser otra cosa que un ir al fondo de la obediencia de fe que se fía de que todo lo que Dios nos pide es para la realización de nuestro bien y del bien de todos. La transformación del agua en vino en las bodas de Caná es el símbolo de cómo la fe que se pone al servicio de Dios conduce a la alegría de todos, permite a Cristo salvar y dar cumplimiento a la fiesta de la vida y del amor.

Esto es lo esencial para nosotros, religiosos, monjes y monjas, es el corazón de nuestra vocación, que es la vocación bautismal de todos vivida con prioridad y radicalidad, al menos como intención, como deseo, como petición. La Regla de san Benito nos pide esencialmente vivir esta radicalidad mariana en la fe obediente que permite a Cristo salvar la fiesta de la comunidad humana.

Encuentro y tarea

¿Pero cómo podemos educarnos para esta plenitud de vida y para vivirla con disponibilidad?

Desde hace algunos meses, me siento profundamente interpelado y ayudado por el relato que san Pablo hace a los judíos de Jerusalén sobre su primer encuentro con Cristo, porque aquí recuerda dos preguntas que plantea a Jesús: «"Pero yendo de camino, estando ya cerca de Damasco, hacia el mediodía, me envolvió de repente una gran luz venida del cielo; caí al suelo y oí una voz que me decía: "Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?" Yo respondí: "¿Quién eres, Señor?" Y él a mí: "Yo soy Jesús Nazareno, a quien tú persigues." Los que estaban vieron la luz, pero no oyeron la voz del que me hablaba. Yo dije: "¿Qué debo hacer, Señor?" Y el Señor me

respondió: "Levántate y vete a Damasco; allí se te dirá todo lo que está establecido que hagas."» (Hch 22,6-10)

“¿Quién eres, Señor?”

“¿Qué debo hacer, Señor?”

Estas dos preguntas son fundamentales en la vida. Son las preguntas que, en el fondo, aceptan el encuentro con Cristo y piden que se grabe y se exprese en nuestra vida.

Saulo de Tarso sintetiza en estas dos preguntas toda la moral cristiana, que es una pregunta sobre el “deber hacer” que no se separa jamás de la pregunta que quiere conocer a Jesucristo, que pide a Cristo que se revele. El deseo de conocer la identidad de alguien es el deseo de permanecer en relación con esta persona. Solo a partir de este deseo expreso de relación, que es sustancialmente la oración que busca a Dios, la pregunta: “¿Qué debo hacer?” adquiere todo su sentido. Entonces se convierte en expresión de la disponibilidad a que el hecho del encuentro con Cristo cambie nuestra vida, que la fe informe y transforme la vida. Saulo comprende inmediatamente, educado como la Virgen María en la religiosidad hebrea, que todo encuentro con el Misterio debe cumplirse en la obediencia, en una aceptación que permite al Misterio penetrar en la carne de la existencia.

“¡Ve a Damasco!”

“¿Qué debo hacer, Señor?” ¿Qué responde Jesús a quien se toma en serio su encuentro con Él y le pregunta la dirección que debe tomar en el nuevo camino a seguir a partir de este encuentro? La respuesta de Jesús a Saulo es, en el fondo, extraña: “Levántate y vete a Damasco; allí se te dirá todo lo que está establecido que hagas” (At 22,10).

Aquél Cristo que hace un momento se ha molestado en aparecerse a Saulo con una gran explosión de luz, con una especie de violencia divina, como una teofanía veterotestamentaria, que le habla personalmente, que se le revela de una manera extraordinaria, quizá única, ¿no podía explicarle Él mismo lo que debía hacer? ¿No podía revelar a Pablo su camino por una vía mística, como con la que Él se le reveló? Pronto lo hará también, pero ahora Saulo debe ser conducido a Damasco y será la comunidad cristiana de Damasco, con su pobre y sencillo “cura” Ananías, quien le ayudará a comprender el camino de su vocación, lo que Dios quiere de él. Y démonos cuenta que esta comunidad de Damasco es la comunidad que Saulo, tres minutos antes, odiaba con todo el corazón, hasta el punto de que se dirigía allí para destruirla. Pero Saulo tiene necesidad de un grupo de personas que le enseñe a conocer al Señor Jesús que perseguía, que no amaba, que no habría reconocido jamás como camino, verdad y vida de su vida. Lo que Saulo quería destruir, se convierte en el camino a seguir, la regla a la que obedecer, la compañía de la que hacerse acompañar a fin de que se cumpla el proyecto de Dios sobre él.

Para mí, este es uno de los aspectos más extraordinarios del acontecimiento cristiano: que Cristo elija lo que nosotros queremos eliminar, lo que más nos molesta y repugna, como lugar en el que el encuentro con Él se convierte para nosotros en la vía clara y segura de nuestra vida.

¿Por qué siempre nos parece que nuestra comunidad está llena de defectos y no conforme a la altura de su vocación? ¿Por qué el superior, los hermanos y hermanas con los que debemos compartir la vida más de cerca, nos parecen los menos apropiados para asegurar nuestra felicidad y son con frecuencia las personas con las que más problemas tenemos para la convivencia?

En realidad, todo esto es como la comunidad de Damasco para Saulo de Tarso. Todo esto es el lugar en el que Cristo nos envía para dar cumplimiento a nuestro encuentro con Él, con Él perseguido, crucificado, no amado, en primer lugar, por nosotros mismos.

Imaginad con qué humildad, con qué veneración, con qué contrición debió Saulo mirar la comunidad de Damasco después de esta experiencia. Con qué asombro debía darse cuenta de encontrarse lleno de afecto por este pequeño, miserable grupo de cristianos, que pocos días antes quería destruir con la ciega arrogancia de su orgullo de fariseo.

Es con este mismo afecto y veneración con el que la conciencia del encuentro con Jesús nos puede llevar a ver el lugar de la Iglesia, la vida y la vocación a los que el Señor nos ha destinado. Solo así el encuentro se convierte en carne de nuestra carne, y también nosotros, como Pablo, nos convertimos en apóstoles, testigos de su luz y de su belleza divino-humana que puede transformar el mundo.

Si tomamos conciencia de esto, comenzaremos a amar con ternura todo el límite y los límites del ambiente de pertenencia al que somos enviados, nuestra comunidad, cada uno de nuestros hermanos y hermanas, el lugar y las circunstancias de nuestra presencia y misión, y allí encontraremos el tesoro de la amistad de Cristo, la dilatación del encuentro con Él que, si al inicio era una luz que nos ha cegado, a través de esta compañía a la que Él nos envía, se convierte en una mirada nueva, una mirada en la que la presencia de Jesús se revela como una dulce luz para mirar todo y a todos con Su ternura.

La familiaridad con Jesús

Hemos visto que Jesús confía Saulo al pobre “cura” de Damasco, Ananías. Este último, por lo poco que aparece sobre la escena del Nuevo Testamento, no debía ser ni demasiado inteligente, ni demasiado valiente. En efecto, comienza a informar a Jesús sobre el pasado de Saulo, como si Dios necesitara de Él para conocerlo, y tiene miedo que Saulo no esté convertido de verdad y venga a arrestarlo (cfr. Hch 9,10-19). Ananías, por lo tanto, no es ni un águila ni un león. Pero en él hay una cualidad fundamental, que vence todos sus defectos y todas sus debilidades: tiene una relación extremadamente familiar con Jesús. Se hablan como viejos amigos. Ananías no se asombra por el hecho de que Jesús se le aparezca, que le hable. Le

responde: “¡Aquí estoy, Señor!” (Hch 9,10), como se dice “¡Dígame!” al teléfono. Jesús para él es una presencia familiar, una presencia que frecuenta, que habita en sus días, su vida cotidiana.

Es a un hombre tan sumiso, que no llegará a ser uno de los grandes apóstoles, misioneros o mártires, al que Cristo confía la conversión y los primeros pasos cristianos de Pablo, uno de los más grandes, de los más fecundos, de los más iluminados e intrépidos apóstoles que la Iglesia ha tenido jamás. Para progresar en nuestra conversión, para permitir que el encuentro con Cristo se convierta en un camino de vida para nosotros, quienes más nos ayudan son aquellos para los que Jesús es una presencia familiar. Y en esto, a menudo un niño o una abuelita tienen mayor autoridad que las personas “importantes”.

También esto nos ayuda a comprender que la familiaridad con Cristo es la raíz y la sustancia de la fecundidad del testimonio. Pablo será grande, anunciará a Cristo hasta los confines del mundo conocido, hasta las “periferias” geográficas, humanas, religiosas, culturales y espirituales de su y de nuestro tiempo, pero no olvidará jamás el catecismo de su primer maestro, o mejor padre, aquél que lo bautizó en la comunidad de Damasco. Vivirá toda su gran misión cultivando la familiaridad con Cristo, porque es Cristo quien primero la cultivará con él. También él, como Ananías, no se asombrará de que el Misterio se le aparezca para decirle, muy sencillamente, como un amigo, como un padre: “No tengas miedo, continúa hablando y no calles, porque estoy contigo” (Hch 18,9-10).

Es en la familiaridad con Cristo donde descubrimos la fuerza que nos viene de su ternura hacia nosotros y hacia todos. Y es de aquí de donde nosotros estamos también llamados a tener valor y confianza en nuestro camino. A veces, viendo la fragilidad de nuestras comunidades, y las dificultades, a menudo enormes, de las situaciones que debemos afrontar, experimentamos temor a obedecer a la tarea de nuestra vocación. Necesitamos encontrar de nuevo la familiaridad del encuentro con el Señor y estimularnos mutuamente para volver a esta fuente. Como los pastores de la noche de Navidad que se animan unos a otros: “¡Vayamos, pues, hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y el Señor nos ha manifestado!” (Lc 2,15).

En la noche de Navidad, Dios se ha hecho familiar al hombre, en cualquier situación y condiciones que se encuentre, y para siempre. Que esta Navidad nos ayude a encontrar juntos esta familiaridad cotidiana con Jesús, a comunicárnosla unos a otros con alegría, y a vivir todo, con libertad confiada y obediente, en la ternura de esta experiencia.

¡Feliz Navidad y feliz Año a todos!



*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist*